

Pregón de San Isidro 2005

Sr. Presidente y sres. miembros de la Junta Directiva de la Hermandad de San Isidro Labrador, señoras y señores, queridos paisanos:

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento por el honor que me habéis hecho al ofrecerme ser la pregonera de fiestas de 2005.

Ello me ha permitido venir a Guarromán una vez más, y entre vosotros unos días, dando igual motivo de satisfacción a mi familia, especialmente a mis hijos y sobrinos que no se cansan nunca de estar en nuestro pueblo.

Cuesta trabajo explicar la alegría que produce volver a Guarromán, en mayor medida cuando se tiene un motivo tan especial como éste como éste de anunciar el inicio de nuestras fiestas pronunciando estas palabras.

Lo hago con todo el cariño y entusiasmo que me han traído los recuerdos, y en parte también documentados por los de mi padre, mucho más densos y extensos en el tiempo que los míos, a veces éstos empañados –en mi etapa de estudiante- por la frustración de no poder acudir a la romería, al coincidir con la época de exámenes.

Siempre he tenido claro que soy de aquí, no he necesitado realizar ninguna investigación extraordinaria para indagar cuales eran mis raíces; éstas no han salido del corto itinerario imaginario trazado entre La Carolina, Linares y Guarromán. La Carolina –de la que procedía mi abuelo materno, Santiago-, Linares –donde nació y Guarromán, el pueblo de mis abuelos paternos, mi abuela materna y, por supuesto, de mis padres.

Estas circunstancias nos han permitido siempre, con enorme disfrute, a mis hermanos y a mi no tener que partir las vacaciones y volver –contando con ilusión los días- en verano, Semana Santa y Navidad año tras año, ya viviéramos en Jaén, Bilbao, Murcia, Pamplona, Baleares o Madrid: éste era siempre nuestro punto de encuentro, sintiéndonos de aquí, como ocurre ahora con mis hijos y sobrinos.

Pero al margen de mis viviendas que, obviamente, afloran en este pregón, es referencia obligada la figura del Santo que lo inspira: Una vida oculta, una vida humilde y sencilla, que pone la santidad al alcance de todos.

Labrador incansable hasta la ancianidad, regaba con sudores propios heredades ajenas. Un santo con paño burdo y capa parda, abarcas rotas –polvorientas unas veces o entorchadas a barro otras-. Aguijada en mano, guía la yunta arando la tierra y “Espera paciente el fruto valioso de ésta, mientras recibe la lluvia temprana o tardía”.

Esta lluvia, que es bien recibida por nosotros cualquier día del año menos hoy y el de la “Romería”, a veces ha obligado a refugiarse en el vehículo de

algún conocido, y ese día dejaba de ser estrictamente particular, para transformarse en un especial “servicio público guarromanero”:

Carros y carretas, al principio, camiones y tractores después, –en lógica transformación por la paralela evolución de las faenas agrícolas, y la mayor capacidad y posibilidad del transporte-, pero siempre, por cualquier medio, incluso a pie, siempre el final feliz de llegar a la “Pradera”.

Por lo que me han contado, no siempre fue así. Creo que la primera celebración de las Hermandades de Labradores y Ganaderos tuvo lugar allá por el año 1945 ó 1946 con un desfile de yuntas de mulos y bueyes ataviados con sus mejores galas y aperos de labranza, con un recorrido por las calles del pueblo.

Después, durante algunos años, era en Piedra Rodadera donde se celebraba la Romería –con el indudable atractivo para los más jóvenes de lanzarse desde lo más alto sobre una chapa o una piedra a velocidad de vértigo.

Yo, en cambio, ya he conocido la Romería en su actual emplazamiento –para mi uno de los lugares más bonitos y agradables de las estribaciones de Sierra Morena-, y la tengo inmortalizada primero en aquellas películas de superocho en las que cuesta reconocer a sus entonces protagonistas, o en fotografías en blanco y negro en las que aparecemos con los vestidos de gitana cortos, tan modernos en aquella época, y con zapatos de tacón y calcetines.

Volviendo al Santo, las críticas y calumnias de envidiosos descreídos le cercaban siempre, pero con fortaleza humilde las convertía en plegaria.

En sus largas horas de oración –mientras abría surcos- oteaba el futuro y se ofrecía por un mundo mejor. Un mundo que elevara al cielo el canto del amor, pero revestido de firmeza y coraje.

Un canto fraterno que se levantara desde aldeas y ciudades, fábricas y minas, parlamentos y tribunales, familias y escuelas.

Era coetáneo del Cid, y como él castellano recio: la tenacidad excepcional del propósito le adornaba también.

Esposo y padre, bautizado de a pie, ni sacerdote ni religioso, es decir, como cualquiera de nosotros, nos enseña a hacer del “trabajo de cada día plegaría de alabanza que humanice nuestro mundo”.

Su niñez trabajosa en la aldea llamada Mayoritum, que era el Madrid de hoy, y la precaria situación económica familiar le obligaron a dedicarse a los pocos años a las rudas faenas del campo trabajando como labriego de varios señores.

Como bracero labró las tierras conquistando admiración, “poniendo perdón donde hay ofensa y unión donde hay discordia”, y así, al menos el día de

su celebración, lo emulamos en la Pradera, de chaparro en chaparro, con amigos o familiares, de tapa en tapa, de trago en trago, improvisando sevillanas y ratos espontáneos de compañía y acercamiento, en ese espíritu de hermandad, por desgracia, casi sólo propio de romeros.

San Isidro, con paciente humildad, aprecia al hombre por lo que es, no por lo que tiene. Lustros y lustros de trabajo sencillo, oculto y gozoso así se lo enseñaron, un trabajo ennoblecido en las caricias ásperas o suaves de la madre tierra, cuando Cielo y terruño eran los únicos libros que aquel labrador incansable sabía leer.

Fue un acierto que en su día las Hermandades de Labradores y Ganaderos hicieran proclamar a San Isidro Labrador como su Santo Patrón; siguió con esta iniciativa el vasto mundo del campo, la tradición de las antiguas agrupaciones gremiales que, desde la Edad Media, se agrupaban bajo la advocación de un santo y, en torno a él, creaban sus instituciones de previsión y auxilio mutuos.

Por lo que respecta a Guarromán, la Romería de San Isidro tuvo que abrirse paso con dificultad frente a la más antigua y tradicional de la Virgen de la Encina. Cuando una y otra se celebraban en su día no había problema, pero cuando ambas se pasaron al domingo, se dividían las devociones si coincidían, -ya que la de la Virgen de la Encina también ha sido siempre fuerte en Guarromán-. El problema se ha evitado certeramente en la actualidad, ya que "no es sano establecer innecesarios pugilaros entre Santos y Vírgenes, cuando es de suponer que "Allí" conviven en perfecta armonía".

Calderón de la Barca, el maestro Espinel y Lope de Vega, entre otros, han cantado al Santo en versos inmortales.

Las tierras quedarán siempre iluminadas y fecundadas con su sencillez y paciencia, como labradores de España entera.

No hizo nada extra, pero sembró en la tierra una cosecha de eternidad. Y si alguien con sorna ha podido pensar que era un vago porque dos ángeles empuñaban la mancera y conducían la yunta de bueyes con la que araba, deberíamos preguntarnos por qué eso era así, qué habría hecho Isidro para ello. En cualquier caso, ya nos gustaría contar con ese tipo de ayuda en nuestras labores cotidianas...

Golpes de azada, chirriar de carretera, llover del trigo en la era le acompañaba siempre.

El día se le hacía corto, como a nosotros se nos hará el próximo 15 de mayo, como siempre, cuando se palpa en la Hermandad y sus gentes, en las de este "nuestro pueblo", en anteriores, éste y sucesivas romerías, las impresiones de cordialidad, entendimiento y respeto que hacen que ninguno de nosotros, hombres y mujeres de Guarromán, nos sintamos extraños en ningún chaparro o carroza, en ningún grupo de los que se forman en la Pradera.

Como nosotros al caer la tarde, también al Santo le envolvía el crepúsculo, y las sombras de la noche empezaban a arroparle, bajada de las colinas, colgaba

su arado en el ubio y penetraba de nuevo en la villa. Empezaba para él entonces la vida de familia.

Cuando el próximo domingo volvamos de la Pradera, con el cansancio del día a la espalda, y el temor de volver a la rutina de trabajo y ocupaciones habituales, empezaremos a acumular la ilusión de volver a juntarnos el próximo año y, Dios lo permita, muchos años más en torno a la figura y la llamada de este Santo centenario.

Creo que va siendo hora de terminar y como, al fin y al cabo, yo no tengo costumbre de hacer pregones, sino de dictar sentencias, no puedo menos que acabar diciendo que "DEBO CONDENAR Y CONDENO A TODOS Y CADA UNO DE LOS AHORA ESTAIS EN GUARROMÁN A QUE DISFRUTEIS ENORMEMENTE DE ESTAS FIESTAS".

Por el triunfo de ese espíritu y la plasmación permanente de esa venturosa realidad, me gustaría que gritarais conmigo ¡VIVA SAN ISIDRO LABRADOR!, y ¡VIVA GUARROMÁN!

En GUARROMÁN, a TRECE de MAYO de DOS MIL CINCO.

Mariela Hernández Lloreda.